

LA GESTA DE LA PAZ CONSTRUCTIVA

Por Camilo ALONSO VEGA
Teniente general del Ejército. Ministro
de la Gobernación

QUIENES de una u otra forma tomamos parte en la iniciación del Movimiento Nacional, hecho cimiento de nuestra historia contemporánea, pudimos una vez más comprobar a dónde puede llegarse cuando existe decisión en el mando y verdadero espíritu de servicio y de sacrificio. Lección que no sólo resulta válida para quienes

hemos hecho de las armas nuestra profesión, ya que en política sucede otro tanto. No me canso de insistir en que en uno y otro campo las posiciones se pierden o porque el enemigo las destruye o porque el defensor las abandona. Y saber defender y resistir, como dice el axioma clásico, es mucho más difícil que atacar. Saber permanecer firme

entraña más virtud y exige, por lo general, mucho más tiempo que para dejarse llevar de un impulso que suele ser repentino o momentáneo. Nuestra guerra fue, ante todo, una legítima defensa de todo lo que nos sustentaba, de la manera más elemental, como nación. Y, en buena medida también, el sistema político español nacido desde entonces no ha podido descuidar ni un solo momento su defensa, lo que, por otra parte, nos ha permitido una ejecutoria de realizaciones no conocida entre nosotros en los siglos inmediatamente anteriores de nuestra Historia.

No quiero extenderme en esta ocasión en los múltiples aspectos que me presentan los recuerdos bélicos de aquellos primeros meses de nuestro Alzamiento. Podría contarles muchas cosas de la batalla de Villarreal de Alava, cuando peligró la defensa de Vitoria; de los momentos iniciales de nuestra columna —que apenas llegaba a 800 hombres—, así como de sus intervenciones en Salinas de Leniz, Mondragón, Vergara, Aguiózar... Me emocionó mucho cuando recientemente, con motivo de una comida que me ofrecieron en la Embajada de España en Roma, un cardenal que no era español me recordara el momento en que al mando de la IV de Navarra, al aislarse el frente de Cataluña del resto de la zona enemiga y tocar en Vinaroz las aguas del Mare Nostrum, hice en sus arenas una cruz, como signo inequívoco de nuestra Cruzada de Liberación.

Con todo, el recuerdo que más se ha sedimentado en mí al paso de los años va unido a la admiración y cariño que siempre he sentido para nuestra gente: para su valor, su entusiasmo, su capacidad de resistencia, su sentido de la unidad y del honor, su espíritu... Raro es el año en que no asisto a una de las múltiples reuniones que en los diversos sitios de nuestra geografía celebran las unidades de la IV Brigada de Navarra. Yo no los olvido. Me emociona siempre su recuerdo.

Aquel espíritu de entusiasmo y servicio es necesario que lo conservemos, acertando a trasladarlo a unas circunstancias que, gracias a Dios, desde hace casi treinta años, han cimentado el período de paz más largo y fecundo que ha disfrutado nuestro pueblo. En aquellos años tuvimos clara conciencia de que la anormalidad de la vieja política española fue demasiado trascendente para que obedeciera a causas meramente accidentales. Desde entonces la gran preocupación del Gobierno del Caudillo se ha centrado sobre todo en la institucionalización del nuevo Estado, cuyos textos fundamentales, aprobados por referéndum popular, nos permiten enfrentarnos con los múltiples problemas de nuestra vida nacional para resolverlos dentro de un marco constitucional lo suficientemente estable para seguir con toda dignidad desarrollándonos espiritual y materialmente. Este momento constitucional menos intenso, más dilatado y de cariz distinto que el de aquel momento bélico está, sin embargo, en íntima consonancia con él.

Pero ahora la empresa en que estamos todos los españoles empeñados es la de crear para las generaciones venideras una España en orden que siga un proceso irreversible de expansión y desarrollo espiritual, cultural, social y económico. Esta será la verdadera gesta por la que nos juzgará la Historia: la gesta de la paz constructiva, puesto que no solamente se consigue gloria y esplendor para la Patria en una ocasión bélica, cuya duración es siempre medida, sino también entregándose sencilla y silenciosamente en cuerpo y alma al trabajo de cada día en las horas de la paz.